

Por eso, cuando en mis visitas a colegios me encuentro a veces con maestros que ponen en duda el valor de la literatura infantil y juvenil me sorprende y no puedo menos que recordar aquellos libros, que haciéndome disfrutar, me pusieron en el camino que me llevaría a los grandes autores, a las grandes obras a las que acaba acercándose todo gran lector.

También es verdad que, tras leer el viejo cuento de Mari Pepa, me pregunté si sus ingenuas aventuras gustarían a los niños de hoy. Si en estos tiempos de *top-less* y tangas, aceptarían como normal a un señor con bañador de cuerpo entero, para poder confundirlo con una ballena, como los ocurrió a Mari Pepa y sus hermanos, que incluso arponearon con el pequeño remo de su barca hinchable al barrigón bañista que plácidamente hacía la plancha en la bahía de La Concha.

Tal vez a los chicos de ahora, que navegan por Internet, no se les ocurriría vaciar la maleta de su padre y ocupar el lugar de la ropa, como hiciera Mari Pepa cuando quiso viajar a Barcelona, ni desplumar a todas las gallinas de un gallinero cercano para vestirse de indios a la hora de interpretar una obra de teatro, cuando en cualquier tienda cercana se puede adquirir un completísimo disfraz que haría palidecer de envidia al mismísimo Toro Sentado.

Es verdad que los niños han cambiado, pero también los libros. Existe hoy sin duda una Mari Pepa que hará soñar a cada pequeño lector, aunque puede que ahora se llame Manolito, Matilde o Nicolás. O tal vez sean Las Gemelas, Los Cinco, Pumuky, Fray Perico o Víctor y Cía.

Lo importante es que le ayudemos a dar con ese personaje, para que convirtiéndose en su mejor amigo, le lleve paso a paso a encontrarse con García Márquez, Quevedo, Galsworthy, Delibes y Steinbeck. Con don Quijote y Sancho.



Lucía Baquedano, vida y obra

Teresa BELLIDO *

Lucía Baquedano Azcona nació en Pamplona el 18 de diciembre de 1938. Estudió secretariado y ejerció esta profesión durante nueve años en una empresa de Pamplona. Al casarse dejó su trabajo y su ciudad y fue a vivir a Tarragona. Posteriormente volvió a Pamplona y allí nacieron sus cuatro hijos.

Aunque la afición a la lectura y a la escritura le viene desde niña, nunca pensó en la posibilidad de publicar sus novelas. Su mayor deseo era escribir para niños y empezó a hacerlo a raíz de tener hijos.

En 1979 se presentó a la convocatoria de premios literarios de la Fundación Santamaría de Madrid con el libro *Cinco panes de cebada*, ganando el tercer premio Gran Angular, lo que la animó a seguir escribiendo. En 1981, esta obra fue editada por ediciones S.M.

En 1980, obtuvo el segundo premio El Barco de Vapor, de literatura infantil, con *La muñeca que tenía 24 pecas* y en 1986 el premio Barco de Vapor con el libro *Fantasmas de día*, que fue incluido en la Lista de Honor del IBBY de 1988 y en el boletín anual de libros recomendados de la Jugendbibliothek de Múnich.

Recibió también el premio Librerío de la Feria del Libro de Almería por *Me llamo Pipe*. Este galardón está dotado con 500.000 pesetas y la publicación del libro.

En 1993 obtuvo el premio de la CCEI (Comisión Católica Española para la Infancia) por *La casa de los diablos*.

Aunque escribía desde niña, nunca pensó que esa llegaría a ser su profesión. De hecho, no dio a conocer un libro suyo hasta 1979, fecha en la que presentó al premio Gran Angular la novela *Cinco panes de cebada*.

30

Aunque muchos de los escritores de cuentos para niños han llegado a la literatura infantil casi por casualidad, o escribiendo sin pensar en un lector determinado, Lucía siempre tuvo muy claro que quería escribir para niños. Escribe lo que de pequeña le hubiera gustado leer, con la ilusión de que otro niño disfrute con un libro suyo en las manos.

Antes que los libros conoció los cuentos que le contaban los mayores de casa. Tuvo un autor para cada edad. De niña le gustaba Oscar Wilde. A los ocho años disfrutaba con Mari Pepa, de Emilia Catarello. A los catorce se enamoró perdidamente de Julio Verne y a los quince se tragó todo lo que pudo de Harry Stephen Keeler. A los diecisiete se emocionaba con Bécquer y a los dieciocho leía a Gilbert Cesbron, que estaba muy de moda.

Cuando va a escribir una obra, primero tiene la idea, luego la madura un poquito y comienza a escribir. Sobre la marcha, con el cuaderno delante, van brotando ideas nuevas. Nunca piensa una novela o un cuento completo antes de ponerse a escribir y muchas veces, cuando empieza, no sabe ni cómo lo va a terminar.

Muchos de sus libros se sitúan en un ambiente rural, porque le parece que los pueblos se prestan más a la aventura que las ciudades. Además sus padres eran de pueblo y ella misma ha pasado temporadas en uno de ellos. Algunos de sus libros tienen rasgos de humor, especialmente los de los más niños. No suele reflejar el terror en sus obras porque dice que no sabe hacerlo.

Tampoco cree que su obra sea tan definida como para encuadrarla en una corriente literaria.

Obra

Como ya hemos dicho, muchas de sus obras están inspiradas y ambientadas en el mundo rural. Un mundo vedado ya para muchos niños, que viven en grandes ciudades, en lugares donde tener una cuadrilla de amigos que se mueve con libertad, jugando, haciendo travesuras, inspeccionando, entrando y saliendo de sus casas, sin la constante protección de los padres, es algo imposible.

La mayoría de sus obras tienen como protagonistas a niños o jóvenes, aunque también introduce, en los libros para los más pequeños, animales, marcianos y elementos fantásticos, como en *Los divertidos líos de la noche*, donde, tomando como protagonista a la noche y a una niña que tiene miedo de estar sola en su cama, hace que los objetos inanimados de su cuarto cobren vida a lo largo de diez cuentos.

Los niños de sus libros son chicos sanos y coloradotes, traviosos, cariñosos, resueltos, dispuestos a vivir aventuras, imaginativos, sensibles y vulnerables.

Tres de sus obras están destinadas a lectores adolescentes: *Cinco panes de cebada*, *La casa de los diablos* y *Los bonsais gigantes*, que es la historia de unas islas donde sus gentes son como bonsais; se les cuida con esmero pero no se les deja crecer.

En ellos aparece, entre otras cosas, el tema del amor entre jóvenes.

Fantasmas de día, *Los candelabros de Santa Bárbara* y *Nosotros, los otros y los demás*, tienen los mismos protagonistas, aunque son historias independientes entre sí.

31

En sus libros, Lucía Baquedano destaca la personalidad de los niños y adolescentes.

Los coloca frente al mundo de los adultos y crea dos grupos: por un lado el imaginario mundo infantil, donde se mueven los niños, plenamente convencidos de que lo que ellos imaginan es lo verdadero y por otro lado, el mundo de los adultos, desesperados ante algunas actuaciones y travesuras de los niños, pero casi siempre benévolo con ellos y, sobre todo, totalmente ajenos a lo que puede pasar por la mente infantil. Son adultos que ven a los niños tal como son, sin preocuparse en exceso por ellos.

No se presenta a los niños en su relación con los padres, sino en relación con los otros niños y con las diferentes personas que viven en un mismo pueblo. La persona adulta más cercana a estos niños y jóvenes es la abuela, personaje que como veremos más adelante es una constante en su obra.

Este ambiente rural queda fielmente reflejado en varios de sus libros. En *Fantasmas de día*, el mundo infantil se ve doblemente separado del de los adultos, ya que los protagonistas de esta divertida historia creen que han muerto al caerse por un barranco y actúan, creyendo a pies juntillas que nadie puede verles porque se han convertido en fantasmas. El asombro de los adultos ante sus travesuras es enorme y se crean situaciones realmente graciosas. Aquí se plasma la libertad de movimientos de los niños en un pueblo. Entran en las casas y, creyéndose invisibles, tapan el pitorro del porrón con un dedo mientras un adulto está bebiendo, comen

de los platos que están en la mesa sin permiso, e incluso entran en la habitación de la anciana Micaela, que tiene tantos años, que hasta ha perdido la cabeza y cree ciegamente la historia sobre la muerte que le han contado los niños y piensa que ellos son ángeles que vienen ya a buscarla.

Infancia y niñez están por un momento a la misma altura. La abuela Micaela es la única que les sigue la corriente a los niños. Aquí no hay timbres a los que llamar, ni puertas cerradas y, si las hubiera, para eso están las parras, para subir y bajar por ellas.

También en *Los candelabros de Santa Bárbara* se recrea el ambiente de camaradería entre los habitantes de Murguinduetu. Luis entra y sale de su casa sin permiso. Hay un pedazo de queso encima de la mesa del que se sirven los que entran y un porrón de vino para acompañarlo. Aquí también se repite la idea de libertad absoluta de movimientos de los niños ya que son capaces de salir de su casa de madrugada, para entrar a través de la ventana de la vaquería en la casa del vecino, que según Luis, es el ladrón de los candelabros. La aventura está servida, sale por sí sola del pueblo, de sus habitantes y Luis, el protagonista, solo tiene que echarle un poco de imaginación.

Tanto en este libro como en *Me llamo Pipe*, se plantea un conflicto, que los protagonistas niños intentan resolver, frente a los obstáculos que les ponen los mayores. En *Me llamo Pipe*, es un secuestro lo que el protagonista intenta resolver. En *Los candelabros de Santa Bárbara*, es un robo. Pipe no es un niño de pueblo, sino un príncipe, lo que le acarrea graves problemas. Para empezar no tiene amigos, porque los niños normales temen acercarse a él. Es un niño que envidia a los que lo rodean por tener un nombre como Andrés, Nicolás, Nano, Santi, y no como el suyo: Leopoldo Jose Alberto Enrique Maximiliano. ¿Cómo lo van a invitar a los cumpleaños de los demás si su nombre no cabe en las tarjetas?

32

Desea la libertad de los demás que no tienen la necesidad de llevar guardaespaldas y siente envidia de las aventuras que les han pasado: perderse por las calles durante horas, estar a punto de que "te zurren la badana", todo es mejor que vivir como él vive.

Así que a la primera oportunidad que tiene, se hace pasar por otro niño y entonces sí, entonces sí que vive una verdadera aventura.

En *La casa de los diablos*, la autora utiliza el género epistolar: una chica huérfana, criada en un asilo, escribe al único amigo que tiene, un chico que conoció en la biblioteca municipal cuando ella iba a estudiar allí todos los días. La chica se siente muy triste y sueña en que algún día vendrá un millonario a buscarla. Pero se da cuenta de que en la vida no va a tener ayuda de ninguna persona y solo podrá ayudarse a sí misma. Cuando llega a los 16 años, el asilo le busca un trabajo en otra ciudad, San Sebastián. Cuando va en el tren hacia allí conoce a una chica de su misma edad, con la que traba amistad. Hay un choque de trenes y la otra chica muere. Cuando recogen el cuerpo confunden a las dos chicas y la abuela de la otra, que no la conoce, va a recogerla, y la protagonista, desesperada, ve la oportunidad de su vida y se va con la abuela a vivir.

A pesar de lo que pueda parecer no es un libro triste sino alegre y con momentos divertidos. Las cartas escritas de vez en cuando al amigo describen problemas juveniles.

En este libro, aunque aparecen los niños traviesos, la protagonista es una adolescente, que por haber superado ya la infancia ha de enfrentarse a otros problemas más serios, como el no tener familia y desearlo con toda su alma, y tener que buscarse la vida trabajando.

Cinco panes de cebada es en mi opinión la obra en la que más fielmente queda reflejada Lucía Baquedano y donde se mezclan todos los ingredientes con los que ella compone sus obras.

El tema central del libro son las ilusiones de una joven maestra que tiene como primer destino un pequeño pueblo perdido entre las montañas de Navarra. Por lo tanto, ya tenemos la obra ubicada en el lugar predilecto de la autora: un pueblo rural, con caminos llenos de barro, animales, niños coloradotes y sanos y padres preocupados por el campo.

La casa donde ella va a vivir es grande, grata, acogedora, con las esquinas y ventanas bordeadas de piedra gris y un balcón con gruesos barrotes de madera, lleno de macetas con flores.

El primer encuentro amistoso que tiene a su llegada al pueblo es con la abuela de la casa. Lucía siempre deseó tener una abuelita de pelo blanco y aprovecha sus libros para convertir su deseo en realidad, dotando a la protagonista del cariño de la abuela Mikaela, que es la misma abuela que aparece en *Fantasmas de día*, sólo que en este último libro, es una anciana entrañable pero ida de la cabeza y en *Cinco panes de cebada* es una mujer muy cuerda, que incluso consuela a Muriel, la joven maestra, y la besa y la mima ofreciéndole tazas de chocolate.

33

También en *La casa de los diablos*, la protagonista, que ha adoptado la personalidad de su amiga María Zudaire, va a parar a casa de la abuela, que ya se ha hecho cargo de sus otros cuatro nietos huérfanos. Son abuelas fuertes, hacendosas, llenas de vitalidad, capaces de hacerse cargo de los niños en ausencia de los padres, llenas de amor y dispuestas a ofrecer su apoyo a quien lo pudiera necesitar.

Los personajes que habitan el pueblo también se repiten en su obra. El cura aparece en casi todos sus libros y, como cualquier cura de un pueblo pequeño, tiene acceso a las casas de sus feligreses, lo vemos comiendo con la familia, o leyendo en el campo, o hablando amistosamente con algún campesino. Incluso a veces es bastante ingenuo y sobre todo respetuoso con las decisiones de sus feligreses. En *Los candelabros de Santa Bárbara*, por una casualidad, los dos niños protagonistas se ven obligados a mentir diciéndole al cura que quieren hacerse monaguillos. Don Genaro, que así se llama el cura, les dice con profunda emoción: “¡Hijos míos! No os podéis imaginar la alegría que me daís. Vuestro padre fue mi monaguillo hace años y en la primera misa que celebré en esta iglesia, tuve como monaguillo a vuestro abuelo”. Y acaba diciéndoles: “Lo había deseado muchísimo, pero nunca os dije nada y es mejor así. Me hace feliz pensar que os habéis ofrecido vosotros mismos”.

Y Don Genaro estaba tan contento que los chicos se sintieron avergonzados y algo tristes, porque desde luego, lo último que hubieran deseado era hacerse monaguillos.

En *Cinco panes de cebada*, el cura tiene el mismo papel que en los demás libros pero el sentido religioso de la protagonista se hace aquí más patente. El título del libro alude a los cinco panes de cebada que Cristo multiplicó y que se menciona al final del libro, cuando Muriel, la maestra, decide casarse con Javier y sembrar cebada con sus propias manos. Hay varios momentos en el libro en los que la protagonista considera a Dios su benefactor y cree que es Él el que la ha traído a este pueblo porque la necesita para una misión que sólo ella puede hacer.

Cuando ella se va de vacaciones, la primera vez, los niños del pueblo rezan por las noches para que vuelva, ya que las maestras anteriores se habían ido para siempre.

Cuando contemplan la belleza del pueblo, el cura dice: "Ante una belleza así, es cuando más a gusto se le llama a Dios, Creador del Cielo y de la Tierra".

Y tampoco falta la misa a primera hora de la mañana, anunciada por el tañer de las campanas.

Los niños, en este libro, ocupan un segundo plano. Son los escolanos, niños incultos a los que no les gusta ir a la escuela y a los que sus padres retienen para que les ayuden en el campo. El estudiar es de ricos y los libros solo les llenan la cabeza de pájaros. Es contra esta idea contra la que lucha Muriel, la maestra.

34

La autora, guiada por su propia experiencia, dice que los mejores ratos de su infancia, juventud y madurez, los debe a los libros. Cree que el solo hecho de leer es formativo. Desarrolla la imaginación y divierte a los niños, y a los mayores nos abre un mundo maravilloso al que sin libros no tendríamos acceso.

En la protagonista de este libro se funden por un momento la autora y cualquiera de nosotros, bibliotecarios, convencidos también de la importancia de la lectura.

La autora conoce la labor de los bibliotecarios, el afán por iniciar en la lectura a los niños más pequeños: "Si ahora no leen cuentos, difícilmente leerán otra cosa de mayores". Muriel cree, a diferencia de los aldeanos, que la cultura sirve para luego poder sembrar, para trabajar en equipo, para conocer lo que hay más allá de nuestras narices.

En el pueblo piensan que la leche de la vaca es la misma con cultura y sin ella. Cuando Muriel decide ofrecer libros a sus escolanos, hace una lista con lo que necesita y, al recibirlos, allí salen los gustos de la autora: Jack London, Julio Verne y Mari Pepa. Y la autora vuelve a su infancia y adolescencia y va recordando a través del personaje de Muriel, cómo los libros del padre Finn los leyó cuando le extirparon las amígdalas, los de Mari Pepa fueron llegando todos los días de Reyes y los de Julio Verne los fue comprando con los ahorros a los 14 años.

Muriel sale vencedora de la batalla. Aunque solo ha conseguido que un adulto lea, ya es suficiente. El esfuerzo merece la pena porque esa persona individual es importante en sí misma.

Los niños son mas fáciles de llevar hacia la lectura, y Muriel consigue que lean y los premia ofreciéndoles el cargo de bibliotecario a los que más leen.

Tanto en este libro como en *La casa de los diablos* se deja entrever la relación entre dos jóvenes de diferente sexo. El tema del amor es tratado muy sutilmente, y yo diría que tan solo como aliño en estos dos libros: *La casa de los diablos* y *Cinco panes de cebada*.

En este último, son tres habitantes del pueblo los que están enamorados de Muriel y ella rechaza a los dos primeros cuando le declaran su amor. El tercero tiene más suerte ya que es con el que decide casarse.

En *La casa de los diablos*, también hay dos jóvenes enamorados de la protagonista, pero ella solo le corresponde a uno, del que ha estado enamorada siempre y con el que finalmente se reencuentra.

Un libro con rasgos diferentes a los que forman su obra es *Pobre Antonieta*.

En este libro, no hay protagonistas niños, sino que se habla de una gallina diferente a las otras por el color de sus plumas, pero también por un motivo más grave: no es capaz de poner huevos como las demás gallinas, ella los pone fritos. Este asunto, que tanto hace sufrir a Antonieta, se convierte en motivo de alegría y buena suerte para sus amos. También será motivo de envidia por parte de las otras gallinas del corral.

Con un fondo divertido y muy ligero se tratan temas como las diferencias físicas y la envidia, dando siempre a los problemas que se plantean una feliz solución.

En *De la Tierra a Halley*, dos habitantes del cometa Halley se trasladan a la Tierra para comprobar si hay vida humana. Desde allí envían mensajes a Halley contando sus impresiones y descubrimientos. Partiendo de un divertido equívoco —los hallerianos creen que los automóviles son las personas y viceversa— la autora elabora una sugerente parodia de la Tierra, contando desde el principio con la complicidad del lector. Los protagonistas son dos hallerianos y el desarrollo del libro me ha recordado otro que leí hace tiempo, *Sin noticias de Gurb*, de Eduardo Mendoza, con el que me reí a carcajadas yo sola mientras lo leía. En ambos libros se dan graciosos equívocos, por parte de dos seres de otro planeta que vienen a visitar la Tierra. En *De la Tierra a Halley*, los hallerianos establecen contacto con humanos niños. Este contacto es natural. Los niños se asombran al ver aquellas bolitas que hablan, pero no intentan capturarlas para analizarlas, ni las persiguen, sino, simplemente, conversan con ellas. Y, por supuesto, cuando cuentan en sus casas, el encuentro que han tenido con unos seres en forma de bolitas doradas, nadie les cree y los mayores achacan a la imaginación de los niños aquella singular historia que cuentan.

35

En *Nosotros, los otros y los demás* se describen escenas veraniegas de una pandilla unisexual de niños, con sus travesuras, simpatía, temor al misterio. Enemistad y peleas con los hijos de una familia de nuevos ricos que se hacen pasar por extranjeros. Todo acaba con una feliz reconciliación conseguida de una manera insólita. Se plantean temas que gustan a lectores entre los 9 y los 10 años como son la vida en un pueblo durante las vacaciones, el misterio de una casa abandonada, la pandilla, la conexión por radio con el capitán Intrépido y los problemas de clase durante el curso.

En todos sus libros, Lucía trata de crear un mundo como a ella le gustaría que fuera. Es un mundo idílico; tranquilo y sosegado, donde los personajes están dotados de inocencia, de un profundo sentido de la amistad, de gran fuerza y valor y están guiados por un afán de lucha, para superar las dificultades que se les plantean.

Aunque la autora se considera comprometida con los problemas del mundo actual, sus libros, tanto en la cuestión temática como en la forma de tratar a los personajes, se alejan un poco de la problemática que puedan vivir los niños de ahora. La inocencia que emanan sus jóvenes protagonistas está lejos de ser tan real, y las aventuras que buscan los niños tampoco tienen mucho que ver con las formas de diversión que hoy ocupan su tiempo libre, si es que podemos hablar de tiempo libre en los niños de ahora.

Pero, quizás por esto mismo, sus libros pueden mostrarles otro tipo de existencia, otras formas de jugar y de vivir, que han existido hasta hace poco y que parece que se nos están olvidando.